

LA INFANCIA DE LOS GRANDES HOMBRES

LUIS VAN BEETHOVEN

(Continuación.)

A estas palabras, el individuo que acompañaba á Dorotea se adelantó á su vez para saludar á los recién llegados.

—Buenos días, Mr. Simrok—le dijo Mr. Beethoven tendiéndole cordialmente la mano;—mucho celebro encontraros en casa de vuestra hermana.

—Quería felicitaros, amigo Beethoven—princió diciendo Mr. Simrok, después de haber saludado respetuosamente á la señora de la manera más admirable;—¡cómo habéis cantado el último domingo en la capilla! Y á propósito de esto: ¿queréis decirme de quién es la voz tan sonora y tan pura que sobresalía por entre las demás de los niños de coro? Todo el mundo se entusiasmaba al oírla.

—La de Luis, mi hijo mayor—replicó Mr. Beethoven.

—Pues tenéis un hijo muy notable, amigo mío—dijo Mr. Simrok.

—Pues no sirve más que para eso—exclamó tristemente Mr. Beethoven.

—¿Cómo que para eso nada más?—preguntó monsieur Simrok.

—Sí, mi querido editor—respondió el tenor de la capilla;—aparte del piano y el canto, no sirve para nada.

—Pues yo pienso que con eso sólo sirve para mucho—continuó el almacenista de música.

—Verdaderamente, mi buen amigo Simrok. ¡Si al menos ese niño quisiera estudiar, si fuera sociable! Pero repare usted, siempre está separado de los demás, con aire sombrío, arisco, y prefiriendo el aislamiento y la soledad á la sociedad ni aun de su madre ni de sus hermanos...

—Repare usted, repare usted—interrumpió monsieur Simrok haciendo señas á su amigo para que callara;—repare usted lo que hace el niño...

Y el editor de música indicó con el dedo á los dos esposos lo que hacía su hijo, el cual, sacando de debajo de su chupa un ramo de lilas, se le ofreció con aire tímido á la pequeña Leonor, poniéndose como la grana al ver que lo aceptaba.

Algunos días después, Mr. Simrok quiso regalar á Mr. Beethoven algunas piezas de música que acababa de publicar, y se dirigió á la modesta morada que aquel

ocupaba en Bonn, en el Electorado de Colonia, á las orillas del Rin.

Al acercarse á la casa del tenor de capilla, un vago temor asaltó la mente del almacenista de música; no habiendo avisado su venida, era muy posible que la familia de Mr. Beethoven hubiese salido, puesto que el tiempo era magnífico para pasear, y no le agradaba mucho encontrarse con cara de palo, es decir, que no hubiera nadie en casa para recibirle y convidarle á beber siquiera una copa de vino del Rin; debiendo decir, á fuer de verídico historiador, que á Mr. Simrok no le desagradaba ninguna clase de vino, pero según malas lenguas, que pretendían saberlo de buena tinta, el buen alemán demostraba más preferencia por el que acabamos de citar.

Al divisar la casa, situada en la vertiente de una pintoresca colina, sus temores se convirtieron en realidad: todos los balcones y ventanas se veían cerrados, lo mismo que la puerta, y ni en el jardín ni en sus alrededores se descubría alma viviente.

Sin embargo, al llegar á corta distancia, creyó oír los acordes de un piano hábilmente tocado, y esto volvió la tranquilidad al editor de música, que acercándose á la puerta, llamó resueltamente.

—¿Está Mr. Beethoven?—preguntó á la única criada de aquel modesto hogar, apenas le abrieron la puerta.

—No, señor.

—¿Y la señora?—volvió á preguntar.

—Tampoco, Mr. Simrok—respondió la criada;—y me atrevo á decir á usted que los señores van á sentir mucho no haber estado en casa para recibirle, ¡pues viene tan pocas veces...! ¡Caramba si lo van á sentir...!—continuó aprovechándose del silencio.—La señorita no quería salir; pero cuando el señor dice una cosa... ya sabe usted, señor Simrok, lo que es el amo, que no admite réplicas... Así es que cuando dice una cosa... no hay más que bajar

las orejitas y obedecer. Y esta tarde la dijo á la señorita: «Ponte el sombrero, Carlota, avía á los niños y vamos á comer en casa del cura de Bon... que va á darme la música de una misa nueva que voy á cantar en los Oficios del próximo domingo»; y todos se han marchado. ¡Por vida...! y hace poco tiempo que se fueron... Si hubiera usted venido una hora antes... tan sólo una horita, de seguro los encuentra usted...; y lo peor es que no vendrán hasta la noche.

Mientras que la criada estaba charlando, Mr. Simrok se distraía del disgusto que le causaba aquel contratiempo.



po, que le obligaba á marcharse sin remojarse la palabra, con los armoniosos sonidos de un piano, cuya proximidad le permitía apreciar la habilidad y soltura del que lo tocaba.

—Pero veo que no han salido todos—se aventuró á decir á la criada;—me parece que oigo música.

—¡Ah! es Luisito que está allá arriba... ¡Oh! ese sale pocas veces... ¡Es un niño tan malo!

—¿Malo?—preguntó Mr. Simrok.

—Malo, precisamente malo... no... —replicó la sierva...—Es incapaz de hacer daño á una mosca... ¡pero tiene un genio... un genio como hay pocos!

—¿Gruñón, insociable, testarudo?—siguió preguntando el editor de música, tratando de prolongar la conversación, para ver si aparecía alguien que le invitase á pasar adelante.

—¿Gruñón? ¡Cá, Sr. Simrok! Si nunca dice una palabra. Tampoco es insociable ni testarudo; pero quiero decir que tiene un genio que desespera, porque siempre está triste, pensativo, taciturno... excepto cuando está en el piano, como sucede ahora... ¡Oh! ¡Entonces... es feliz!... ¿Le oye usted? Así se estará, sin moverse, hasta media noche, sin incomodar á nadie y sin pedir luz siquiera...

Mr. Simrok ya no escuchaba á la doméstica; sus sentidos se hallaban absortos por el encanto de la música que llegaba á sus oídos, unas veces tierna y melodiosa, otras, viva y arrebatadora. La pieza que tocaba el niño abundaba en armonía y motivos de todo género.

—¿Hay inconveniente en que oiga más de cerca al niño?—preguntó á la criada.

—Ninguno, Sr. Simrok; tenga usted la bondad de entrar.

Y la doméstica hizo subir á Mr. Simrok al interior de las habitaciones por una escalera estrecha y oscura, hasta que llegaron á una pieza aguardillada, donde le introdujo.

Conteniendo el aliento, por miedo de perder una sola nota de aquella extraña y admirable música, quedó Mr. Simrok como enclavado al entarimado de aquel tugurio, y miró á su alrededor.

La luz, que entraba de arriba, iluminaba el interior de esta habitación, haciendo resaltar su desnudez. Todo el mueblaje se componía de tres cosas: un piano, un violín y una silla con asiento de paja; el violín estaba colgado de la pared, y el niño se hallaba delante del piano, de rodillas sobre el asiento de la silla, para estar más alto y que sus manecitas llegaran á las teclas: parecía inspirado.

(Se continuará.)



EL ASNO

Papá, papá! Regañe usted á Javier, que está tirando piedras á un pobre burro.

—¡Javier! ¡Ven aquí!

—¿Qué quiere usted, papá?

—Me ha dicho tu hermana que estás maltratando á un pobre animal, y eso me disgusta.

—No haga usted caso. ¡Si es á un borrico!

—¡Un borrico! ¿Y acaso piensas que á los asnos no les duelen las pedradas?

—¡Toma! ¡Para qué son asnos!

—Hijo mío: en primer lugar, ese animal no hizo ninguna solicitud para nacer pollino, y no tiene, por tanto, la culpa de serlo; y en segundo, que por ser asno no es en manera alguna despreciable.

—Tienes razón, papá. ¡Pobrecito burro!

—¡Quita de ahí, Lola! Lo que yo sé es que cuando una persona ni entiende ni sabe de nada, se dice que es un pollino.

—¿De modo que, por esa costumbre, crees tú que el asno es inútil?

—¡Ya lo creo! y muy feo y muy... En fin, por algo se llama burro.

—Pues mira, señor sabio, hay dos clases de asnos: el salvaje y el doméstico, único que tú conoces. Es el primero del tamaño de un caballo de mediana alzada, tiene orejas más cortas que éstos que vemos, sus patas son lar-

gas y finas, y el pelo gris. Aún se encuentra esta primitiva raza en los desiertos de la Tartaria. Su velocidad es muy grande y alcanza la carrera del caballo persa, teniendo sobre éste la ventaja de resistir por más tiempo la fatiga.

—Ya veo que ese de Tartaria no es tan pollino; pero ese de aquí, ¿de qué sirve?

—Esa misma especie que en tan degradada posición contemplas en nuestros países, efecto de los poquísimos cuidados que con ella se tienen y del trato malísimo que á estos animales se les da, esa misma, digo, en Oriente es grande, fuerte, viva, y, al mismo tiempo, más dócil. Es también mucho más ágil que en nuestro país, pues puede andar allí 11 kilómetros por hora.

—Ya veo que son también notables los de Oriente... pero yo tiraba piedras á uno de aquí.

—Pues bien; los de aquí, como tú dices, prestan también



grandes servicios al pobre labrador. Su sobriedad es tanta, que se alimenta de lo que desdeñan los demás animales. Tiene una gran paciencia, y su terquedad, que es mucha, obedece al mal trato de que siempre es objeto, porque se acostumbra y no le hace mella el castigo. Soporta pesos considerables, y no solamente tiene estas condiciones, sino que algunas de las otras que posee, le hacen preferible en determinadas ocasiones al caballo.

—Papá, ¿preferible al caballo?

—Sí; por ejemplo: la seguridad de su casco es superior á la del caballo, y es, además, menos propenso que éste á las enfermedades y tiene más vista, más oído y más olfato.

—¿Qué dices ahora, Javier? Papá habla de los mismos á quienes maltratas.



—¡Pues tampoco era un burro de esos... porque era una burra!

—¡Bien te agarras para no ceder, hermanito!

—Al contrario; la hembra es preferida, porque Javier y tú sin duda ignoráis, hijos míos, que además de servir la burra para los mismos trabajos que el macho, tiene la ventaja de poseer una leche de virtudes medicinales, y muchas personas la utilizan en los padecimientos del pecho.

—Papá, es que como la burra estaba tendida en el suelo me pareció que estaba muerta.

—Ya es demasiado, Javier; á fuerza de disculparte estás demostrando más terquedad que la que tiene el animal á quien tan mal quieres. Pero, para terminar, te diré que hasta después de muerto es útil.

—¡Hasta muerto!

—Sí, pues se aprovecha su piel dura y elástica. Las cribas y los tambores no son de otra cosa, y hasta el chagrín (sagrén) es mejor cuando es de piel de asno.

—Ya ves, hermanito, cómo hacías muy mal en tirar piedras al burro... ó burra...

—Ya ves, hermanita, que precisamente por eso hemos aprendido de papá muchas cosas que no sabíamos, y que no hay mal que por bien no venga.

—Hijos míos, no me cansaré de repetiros que toda hechura de Dios debe el hombre aprovecharla, pero nunca martirizarla por vano capricho; y que no es señal de buen corazón mortificar á ningún sér, por pequeño, inútil y despreciable que os parezca.



LA CASTELLANA

Del castillo de la Roca un pobre rapaz volvía, y de noche caminaba con tal gozo como prisa. Era la noble señora que en el castillo vivía, la castellana más noble y la más caritativa; todos los días de fiesta siempre costumbre tenía de dar panes á los pobres de las aldeas contiguas; y es fama que al ofrecerlos, ante un Cristo, de rodillas, con voz salida del alma de esta manera decía: «Señor, por la fe peleé mi marido en Palestina; ¡bien hayan tales cruzadas que tierra santa conquistan! ¡Quién sabe cuántos azares tendrá su guerrera vial! ¡Quién sabe cuántos trabajos padecerá en estos días! Doy en tu nombre á los pobres sustento que necesitan. ¡Tú le darás á mi esposo amparo en tanta fatiga!» Cuando al volver del castillo el pobre rapaz corría y caminaba de noche con tal gozo como prisa iba á llevar presuroso dos panes á su abuelita, único sér que quedaba al rapaz de su familia.

Al pasar junto á un barranco oyó una voz dolorida, y al muchacho parecióle que amparo la voz pedía. Escuchó, y poquito á poco bajando por roca viva, llegó al fondo del barranco de donde la voz salía. Estaba allí un buen guerrero, y con voz desfallecida pedíale pan y agua, que hambriento el pobre venía. —¡Bendiga Dios—dijo el mozo—la mano tan noble y digna que me regaló estos panes que dos desgracias alivian! ¡Bendiga Dios el castillo donde tal señora habita, y haga que su esposo torne triunfante de Palestina! —¿Qué castillo nombras, mozo? —Aún lo descubre la vista el castillo de la Roca, que á esta parte se divisa. —¡Loado el Eterno sea, pues el Eterno te envía para salvar á su dueño por la caridad bendita! ¡Bien hayas, mi noble esposa; bien hayas, esposa mía, que ideas de santa tienes y es Dios quien te las inspira! Buena fuiste con los pobres remediando sus desdichas: los pobres que tú amparaste hoy socorrieron las mías.



UNA NUEVA COMETA

No hace mucho que explicamos en estas páginas el modo de hacer una cometa ordinaria, y hoy vamos á dar á conocer á los lectores de GENTE MENUDA una nueva especie, cuya fuerza de elevación y perfecto equilibrio son

realmente notables. Con esta cometa de casillas ó celular pueden sostenerse con gran éxito los concursos que tan en boga están en los Estados Unidos, donde constituyen para chicos y grandes un deporte interesante.

Mandad hacer al carpintero unos listoncitos de madera de pino sin nudos, de siete milímetros de espesor y de 15 de ancho. Ocho de estos listones deben tener un metro 24 centímetros de largo; cuatro de un metro 74 centímetros, y otros cuatro pequeños de 28 centímetros.

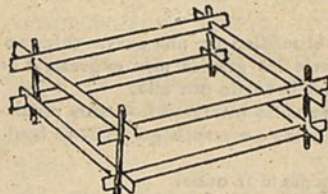


FIG. 2.^a

Para ensamblar estos listones en la forma que vamos á indicar, no deben emplearse clavos ni tornillos, sino que deben atarse con hilo de zapatero. Tomaremos dos listones de 1,74, y en el centro de cada uno de ellos haremos una muesca ó escotadura un poco al bies de la mitad de su anchura, tal como se ve en la fig. 1.^a, y los juntaremos en forma de aspa ó cruz de San Andrés.

La misma operación practicaremos con los otros dos listones de 1,74 que nos quedan.

Después tomaremos cuatro listones de 1,24, y haciendo escotaduras rectas, á dos centímetros de sus extremos, las uniremos formando un cuadro.

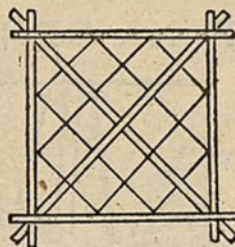


FIG. 4.^a

Con los otros cuatro del mismo largo haremos otro cuadro igual. Ambos cuadros se unirán por sus esquinas, por medio de los listoncitos de 28, dejando una separación entre los cuadros de 24 centímetros, de modo que tanto por arriba como por abajo sobresalgan dos centímetros de los listoncitos. Todas las uniones se sujetarán, como hemos dicho, con ataduras de hilo encerado.

Sobre esta armadura, que se ve en la fig. 2.^a, se fijan de igual manera las dos aspas que formamos primeramente, tal como se indica en la fig. 3.^a

Paralelamente á las barras transversales se tienden hilos fuertes (fig. 4.^a), lo mismo en el cuadro superior que en el inferior, y ya no falta más que forrar esta armadura para obtener las casillas ó celdas. Puede esto hacerse con papel, pero resulta mucho más sólido, para que la cometa no se rompa al caer si tropieza con algo, forrarlas con tela de algodón, y cosida en vez de pegada.

De esta suerte, resulta la cometa de la forma indicada en la fig. 5.^a, con los cuatro tirantes en sus esquinas, que vienen á unirse á la cuerda.

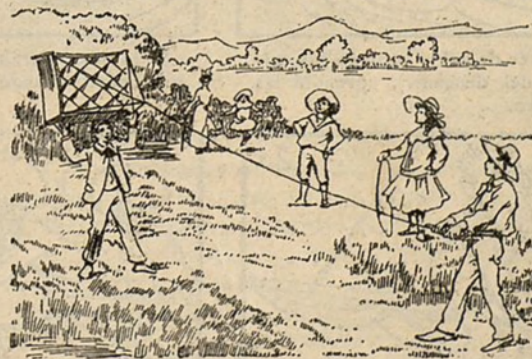


FIG. 6.^a

Paragarantizar aún más la solidez de este aparato volador, debe disolverse almidón en bencina y dar una capa de este líquido á todas las celdas. El olor fuerte de la bencina desaparece completamente teniendo la cometa un par de días al aire. La fig. 6.^a presenta la manera de remontar esta clase de cometas.

ANÉCDOTAS

Un sabio catedrático francés daba una tarde una conferencia sobre un asunto de poquísima amenidad, y el reducido auditorio ante el que comenzó á disertar, poco á poco fué desfilando hasta que no quedó en la sala más que un solo oyente.

A él se dirigía el profesor con la mayor cortesía, y cuando llevaba hora y media hablando, le dijo:

—Perdone usted si abuso de su indulgencia, pero necesito unos diez minutos todavía para terminar.

—¡Oh! No tengo prisa: me es igual.

—¡Es usted muy indulgente!

—No: es que me ha tomado usted por horas.

¡El único oyente era el cochero, que le había llevado á la sala de conferencias!

Una señora á cuyo hijo había salvado el médico de una grave enfermedad, fué á ver al doctor, y después de darle las gracias más expresivas le rogó que aceptase un portamonedas de piel bordado por ella.

—Señora—le dijo el doctor, que era bastante interesado,—estos regalitos son buenos para los amigos, pero con ellos no mantengo yo á mi familia, y lo que necesito es dinero.

—Perfectamente—replicó la señora:—¿cuánto le debo?

—Doscientas pesetas.

La dama abrió el portamonedas, sacó dos billetes de cien pesetas que contenía, y dando dos al médico se guardó el resto, haciendo al asombrado doctor una profunda reverencia.

DIBUJAR ES COSA FÁCIL

Fig. 1.^a Dentro de un óvalo trázense esas líneas rectas, paralelas, procurando que los gruesos sean los mismos que se indican.

Fig. 2.^a Debajo, y casi confundidos con las segundas líneas, se



FIG. 1.^a



FIG. 2.^a



FIG. 3.^a

pondrán dos puntos; después se trazará una berenjenita que sirva de nariz, pero cuídese mucho de que el contorno de dicha berenjenita sea gracioso y distinguido.

Fig. 3.^a Así como los paréntesis de la boca.

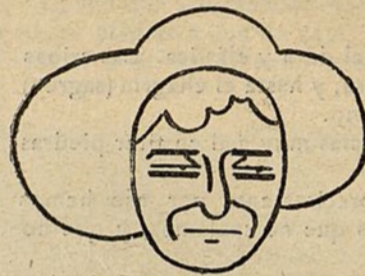


FIG. 4.^a



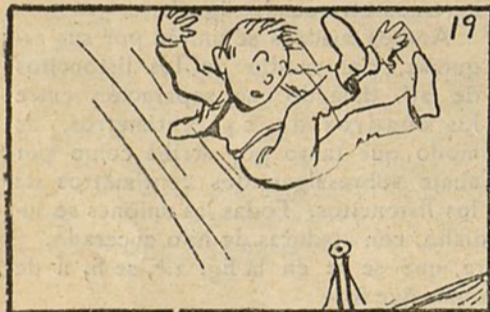
FIG. 5.^a

Fig. 4.^a Las ondas del pelo y el contorno de éste no es cosa difícil.

Fig. 5.^a Y mucho menos darle de negro azabache; con todo lo cual, tendremos la primera figura de nuestro arte escénico actual.

MELITÓN GONZÁLEZ

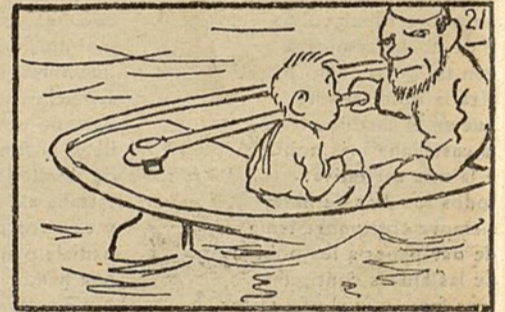
LA FORTUNA DE JOAQUINITO (Continuación.)



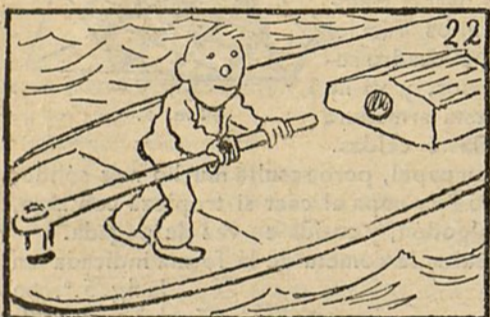
Y después de dar mil volteretas en el aire con rapidez verdaderamente vertiginosa...



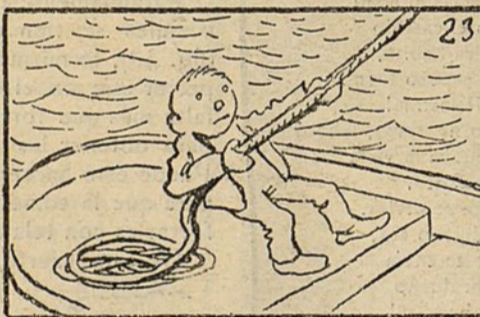
Cayó sobre la vela de un falucho que se hacía á la mar en aquel mismo momento.



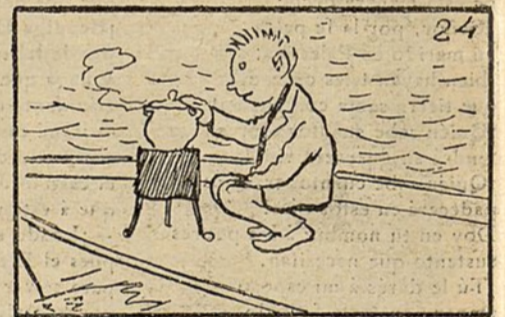
Su único tripulante acogió á Joaquinito como llovido del cielo y determinó protegerle.



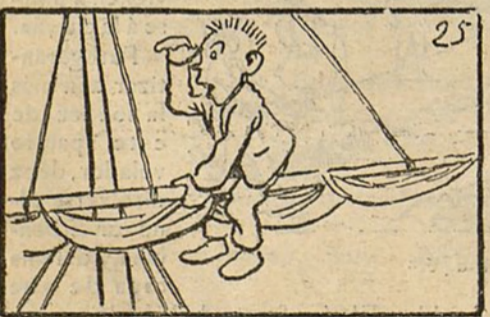
El chico, después de haber contado sus cuantas (cullando lo del diamante), aprendió las faenas del marinero.



Y lo mismo tiraba de un calabrote con todas sus fuerzas, cuando venía al caso...



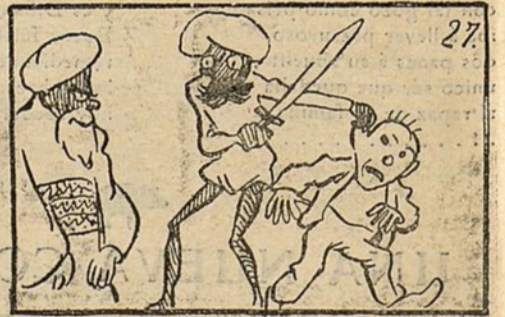
que preparaba la comida como pudiera hacerlo un buen cocinero.



Dos semanas después de una larga y penosa navegación, descubrió con terror un barco de piratas malayos.



Su único compañero desapareció, dejando al chico abandonado á aquellos terribles asaltantes...



Los cuales lo presentaron al jefe pirata, como único prisionero del barco apresado.

(Se concluirá.)